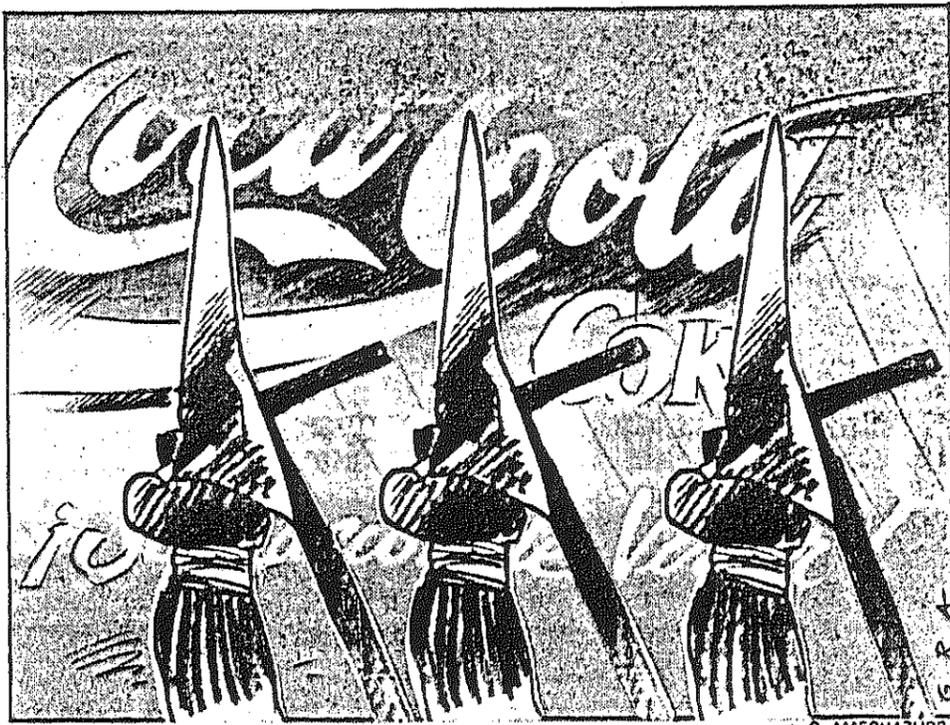


JOSE ANTONIO JAUREGUI

Cultura eurocristiana

La vieja conseja de la cultura del pueblo de Sancho «el buen paño en el arca se vende» parece haber quedado obsoleta en una era en la que «se fabrican» presidentes, detergentes que lavan más blanco, cantantes que no tienen ni voz ni duende, con los gabinetes técnicos de asesores de imagen y con los trucos fraudulentos de los medios de tergiversación (risas enlatadas, sonrisas postizas, ética de oropel, cirugía ética, sepulcros blanqueados, maquillajes éticos, eufemismos morales, discos rayados de moralina del *Big Brother* de Orwell y «en ese plan» —que diría Umbral, citando al pueblo de Sancho). Y, sin embargo, la vieja sentencia española del buen paño termina siempre ganando la partida. Puede Stalin o Ceaucescu, Franco o Hitler, Anás y Caifás o «los once» que condenaron a Sócrates «dar la paliza» durante siglos al pueblo que Lope catalogó de necio («y, pues el pueblo es necio, es justo / hablarle en necio para darle gusto») y el burro de Iriarte de sabio («Piense quien para el público trabaja / que, tal vez, a la plebe culpa en vano / pues, si, en dándole paja, come paja / siempre que le dan grano, come grano»). No había asesores de imagen, ni promocionó la Coca-Cola la crucifixión de Cristo, ni pagó una exclusiva la agencia Reuters, ni estuvieron en Gólgota las cámaras de televisión de la Aldea Global de McLuhan. Anás y Caifás, acostándose con su rival Poncio Pilatos, con el poder judicial y con los medios de tergiversación de la época, condenaron legalmente a Cristo. Anás y Caifás querían que todo fuese legal, para que «nadie pudiese decir nada».

Sus discípulos —pocos— huyeron de la quema y nadie se atrevió a apoyarle, excepto una ramera, su madre y un discípulo. Anás y Caifás, aliados con el corrupto poder judicial y con los medios de tergiversación de la época, ganaron la primera baza, pero perdieron la partida. ¡Qué lección de marketing, de publicidad, de venta de imagen! Cristo, un judío laico, hijo de un carpintero, defiende a los cien mil *homeless*, los sin-casa de Londres, a los ladrones que pueden ser buenos, a las prostitutas que pueden ser santas, a la pobre viuda que da su pobre óbolo y arremete, sin pelos en la lengua, contra los levitas, sacerdotes y sumos sacerdotes que se disfrazan de buenos, pero que son una «raza de víboras». ¿Quién ha sido más anticlerical que Cristo? Bien lo enten-



G. AMEHAZURRA

dieron los anases y caifases, a quienes descubrió su juego sucio. Los anases y caifases utilizaron todos los medios que controlaban en riguroso monopolio —el sello oficial, la ley, el templo, los medios de tergiversación— y se dijeron: «A este imbecil lo vamos a machacar como a una cucaracha.» Vencieron, pero no convencieron. ¡Qué lección antropológica! El juego entre la verdad y la mentira es un juego atávico y moderno. La mentira gana algunas bazas espectaculares, pero la verdad, al fin, gana la partida.

Hoy, en esta era de un nacimiento y renacimiento de la CE, de la Comunidad Europea, nos preguntamos los europeos qué somos y quiénes somos, qué ruta debemos emprender, si queremos caminar hacia el siglo XXI (Margaret Thatcher ha cogido un tren llamado *Rule Britannia*, que viaja hacia el siglo XIX). ¿Somos una comunidad cultural o simplemente una maquinaria pesada burocrática (Madariaga decía que habría que escribir burocrática) y

«una horda de mercaderes» (según el evangelio ibérico de Sánchez-Drágó)? Si Europa es algo como sociedad, como comunidad (algo uno y único para todos los europeos), sin duda ese algo es el eurocristianismo. Afirman algunos sociólogos (sólo de «misa y olla») que no tenemos los europeos una cultura común, puesto que reina la torre de Babel del español (así se denomina allende el Pirineo), del inglés, del francés, del alemán o del danés. Pero no es el idioma hablado el único idioma, ni el principal. El idioma religioso no es menos cultural, ni menos significativo (en todos los sentidos del término). Europa ha crecido multisecularmente como una comunidad cultural cristiana. Cristo ha sido y es el gran tema cultural de los europeos. En torno a Cristo ha florecido una arquitectura específica y determinada. ¿Qué retratarían hoy los nipones con sus cámaras niponas como algo europeo ciento por ciento, si barriéramos de la escena todas las iglesias

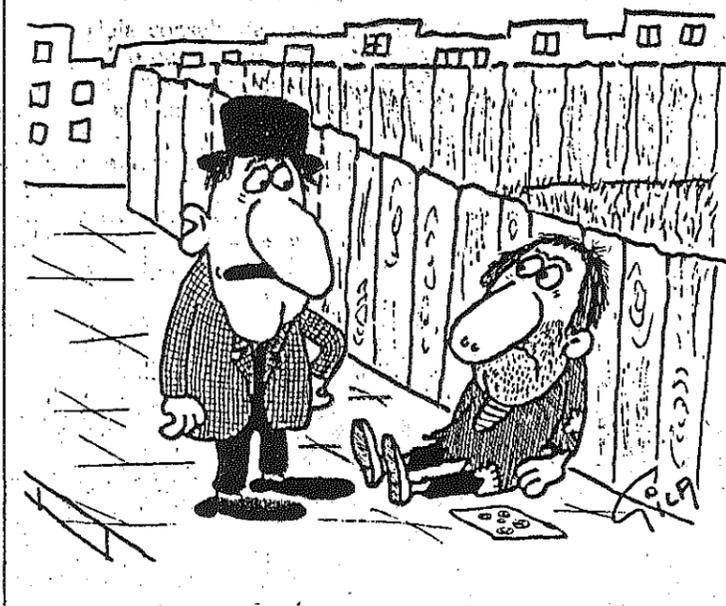
románicas, góticas, renacentistas, barrocas y aun modernas?

¿Qué retratarían los nipones con sus cámaras niponas, si barriéramos de la escena cultural todas las Madonnas de todos los Fra Angélico, los Filippo Lippi, los Murillo, todos los Cristos de Velázquez, de Dalí, todos los santos del Greco, de Zurbarán, de Miguel Ángel...? ¿Es la música un idioma común que «llega al alma»? El patrimonio musical de los europeos es eminentemente cristiano. ¿No se quedaría la Comunidad Europea «en pelota» (que diría Unamuno) si suprimiéramos el canto gregoriano? Por cierto y entre paréntesis, todos los europeos desde la Edad Media todos los domingos se unían, se com-unían y se com-unicaban cantando al mismo ritmo y al mismo compás, en ciudades y en aldeas, los mismos *kyries*, el mismo *sancus*, el mismo *Agnus Dei*. A partir del Concilio Vaticano Segundo (y no digo a causa de, ¡ojo al parche!), Atila con el hacha a hachazo limpio ha cortado el cuello a los *orate*, a los *pueri hebreorum*, a los *miserere*, dejándonos, a cambio, los «vayamos jubilosos al altar de Dios». Pero, ¿cómo ir jubilosos a escuchar unas melodías endebles, canturreadas por un no-coro y acompañadas por un no-órgano? ¿Qué diría Tomás de Victoria, Bach o Mozart de este estado de cosas? ¿Qué sería Europa, si suprimiéramos toda la música eurocristiana, el «Réquiem», de Mozart; la «Misa en si menor», de Bach? Podemos definir a Europa como a una Cristópolis, y a su cultura como una cultura eurocristiana. Los grandes ritos, que sobreviven a todos los cambios meteorológicos de ideologías que aparecen y desaparecen, giran en torno a quel judío legalmente ejecutado hace veinte siglos. Las procesiones de Semana Santa son una de las grandes variaciones españolas del tema eurocristiano. Tal vez una de las variaciones más originales, más espectaculares, más bellas del gran tema cultural eurocristiano. Cuando los costaleros elevan a uno de los Cristos o de las Dolorosas y lo bailan entre las estrechas calles de Sevilla, con ese ritmo coreográfico pausado, entre el tintineo de las varas del palio, el parpadeo de las velas y el silencio elocuente de los claveles, y una saeta rompe el silencio mágico de la noche, ¿a quién no se le pone la carne de gallina?

J. A. Jauregui es antropólogo y profesor de la Universidad Pública de Navarra.

GILA

- ES QUE USTEDES, LOS POBRES NOTIENEN ARREGLO. EN LUGAR DE INVERTIR LAS LIMOSNAS EN BONOS DEL ESTADO SE LAS GASTAN EN COMER.



RICARDO CANTALAPIEDRA

La pasión de Amador Flores

AMADOR Flores Alegre, aunque siempre ha sido un hombre triste, sin embargo, ha venido al mundo para amar. Curiosamente, todas las mujeres que han pasado por sus brazos tienen nombre de flor: Azucena, Rosa, Margarita, Violeta, Hortensia, Jacinta y Narcisca. Cuando sólo contaba cinco años, sorprendió a sus allegados secuestrando a una vecina algo más joven que él, Azucena Jaramillo, con la torpe intención de convertirla en su esposa. No pudo llevar a cabo su osadía, el cuitado. En primer lugar, ningún sacerdote accedió a esposar a los renacuajos. En segundo lugar, Azucena era el símbolo de la pureza; permanecía absolutamente esquiva ante los acosos carnales. Tamaño comportamiento supuso la primera corona de espinas que le inoculó la vida a Amador.

Unos años después, el joven Flores Alegre se prendió de Margarita del Monte (doce años, soltera, estudiante de EGB, coqueta). Margarita le llevó por la calle de la amargura. Amador, aunque lascivo, no carecía de lucidez. Fue entonces cuando se puso a pensar. Estas fueron sus conclusiones: «El amor es pasión. Pasión es padecer. Padecer es pasarlo mal y atravesar un calvario. El calvario es prólogo de la muerte. En consecuencia, todo amor está muy relacionado con

servidor lo lleva claro.» Con Violeta González sufrió mucho, pero se puso morado de amor y de moratones. Esta señorita gozaba con el sadismo. Amador, en vez de protestar, sólo lograba musitar tras cada paliza: «Te amo tanto que yo mismo me espanto.» El vía crucis duró tres años. Ella quedó prendada de un carnicero y desapareció sin ser vista.

Rosa Arevalillo no proporcionó Flores más que espinas y desazón. La señorita Arevalillo era ardiente como el fuego, insaciable como un ogro. Amador hubo de contratar a un tal Simón (apodado el Cireneo), que le ayudó a llevar la cruz, y que al fin se llevó también a Margarita.

En la actualidad, el señor Flores Alegre (don Amador) anda enclenado con Narcisca Calvo Cornejo. Con Narcisca le ha tocado sufrir a diario las 14 estaciones que separan en el Metro de Madrid a la estación Norte de la de Suanzes. Narcisca, como su nombre indica, está enamorada de sí misma y ha convertido a Amador en un nazareno, el pobre. Le tiene atado a la columna. El señor Flores se ha percatado de que, sin ella, no puede gozar de una sinfonía, de una noche de ronda. Cansado de sí mismo y del amor, cansado de la pasión, Flores Alegre ha escrito una carta a su amada en estos términos: «Te amo,